

—Yo, sí.

—¿Me has perdonado?

—No hablemos de eso. Tu vida es muy preciosa para mí. Ponte este hábito, sal inmediatamente, y yo me quedaré en tu puesto.

—Eso es imposible.

—¡Ah! No temas; de ese modo salvo tu vida, y aunque yo sufra el castigo nada me importa.

—De ningún modo. Antes prefiero que muramos los dos.

—¡Oh! No; huye, huye; te lo suplico por lo que más ames en el mundo. Yo estoy segura de que alcanzaré el perdón. ¿Olvidas que estoy al servicio de doña Beatriz Enriquez de Córdoba?

—¿Y si no sucede así? ¿Y si sucumbes?

—Si llega ese momento, haz lo que te dicte tu corazón.

—Bien está; sólo de esa manera cedo.

—No hay tiempo que perder.

Martin Carrasco se puso el hábito, y Rebeca la túnica de estameña que tenía el reo.

El soldado cayó de rodillas á los piés de la jóven.

—No olvidaré nunca que te debo la vida. Si Dios oye mis súplicas, los dos nos salvaremos; yo conquistaré honores y riquezas en las batallas, y algún día te pagaré esta deuda.

Inmediatamente salió sin que los centinelas notasen el engaño.

Pero despues entró en la capilla el padre agonizante.

El y Rebeca se quedaron solos.

Apenas se acercó á ella el venerable anciano, la jóven, cayendo de rodillas á sus piés, le descubrió la verdad.

—¿Qué habeis hecho, desventurada?—exclamó el sacerdote.

—Sacrificar mi vida por un hombre á quien amo con toda mi alma.

—¿Pero ignorais la muerte que os espera?

—Por terrible que sea, la endulzará la dicha de haberle libertado del patíbulo.

—Yo no puedo permitir que lleveis á cabo vuestros designios.

—¡Oh! ¡Por piedad, no me descubrais!

El agonizante se detuvo.

Rebeca le contemplaba con ansiedad.

—¿Qué hacer para salvaros?—dijo despues de una breve pausa el ministro de Dios.

—Mi corazón me dice que Dios me librará de perecer en el cadalso.

—¿Pero vivís sola en el mundo? ¿No teneis familia?

—Sí, aún vive mi pobre padre; mi pobre padre que me busca tal vez, que ignora donde estoy.

—¿Y le habeis sacrificado á una pasión funesta para vos?

—¡Dios se apiadará de mí!

—Pidámosle,—dijo el anciano, conduciéndola hasta el altar donde estaba el crucifijo,—pidásmole que se apiade de vos.

—Mi religion me prohíbe prosternarme ante esa imágen.

—¿No sois cristiana?

—Soy judía.

—¡Desgraciada! ¿Esto más?

—Sí, es la religion de mis padres.

—Os compadezco, porque en medio de vuestras desventuras, los consuelos de la religion, la fé, inundando vuestra alma con sus divinos resplandores, endulzaria las tristes horas que os aguardan si os perdonan la vida, y os inspirarian la resignacion si teneis que pasar por el duro trance de la muerte.

—Padre mio,—dijo Rebeca,—sin saber por qué tengo vivos deseos de comprender los arcanos de vuestra religion, porque sin ser cristiana, invoco algunas veces el nombre de la virgen, sus dolores me parecen sublimes, y la ofrezco los míos.—¿Por qué no habré nacido en el seno de vuestra religion?

—Nunca es tarde para el bien, hija mia; si comprendeis los dolores de la Santa Madre de Dios Hijo; si admirais la humildad, la sabiduría, la grandeza y la mansedumbre de Jesucristo; si quereis en vuestra angustiosa situacion hallar dulces consuelos, venid, venid conmigo, prosternaos ante la Santa Imágen del Crucificado, implorad su perdon y su gracia, abjurad de vuestros errores, y yo os aseguro que cualquiera que sea la suerte que os esté reservada, la sufrireis con resignacion, con mansedumbre, con humildad, porque la religion cristiana es un bálsamo que consuela todas las aficciones, es la fé, es la caridad.

Al decir esto el padre agonizante condujo á Rebeca al pié del altar, y prosternándose la jóven maquinalmente, repitió la *Salve* que pronunció el ministro de Dios con fervoroso recogimiento.

Largo rato trascurrió, durante el cual sólo pronunciaron oraciones los lábios de Rebeca.

—Gracias, padre mio,—gracias,—dijo.—¡Oh! Me habeis dado la felicidad; habeis abierto á mi vista nuevos y risueños horizontes. Si es mi destino morir, si logro al ménos morir en el seno de la religion cristiana; si logro que mi martirio sea agradable á sus ojos y que todas mis lágrimas y todos mis dolores sean un tributo á la admiracion, al entusiasmo, al fervor que me inspira, moriré contenta.

Deseoso el padre agonizante de hacer ménos dura la situacion de la jóven, la dejó sola para dar parte de lo que habia sucedido, y predisponer en su favor á sus jueces.

Inspirado por el deseo de favorecerla, pidió una audiencia á la reina doña Isabel, haciéndose anunciar como el confesor del reo que estaba en capilla.

La reina se apresuró á recibirle.

El padre agonizante la refirió lo que habia pasado, y la anunció los deseos que abrigaba la jóven neófito de recibir el agua del bautismo, de abjurar de sus errores, de pertenecer á la religion cristiana.

—Otra gracia pido á V. M.,—añadió,—la de que en la pila baustimal seais su madrina.

El corazon de la augusta Isabel era generoso y magnánimo.

Nadie como ella podia comprender la grandeza del alma de Rebeca.

Su corazon se sintió profundamente conmovido, y desde aquel momento solo un deseo tuvo: su perdon.

¡Hermosa prerogativa la de los reyes!

Representantes en la tierra de la Omnipotencia, y al mismo tiempo de la bondad divina, pueden, acatando los fallos de la justicia, devolver la esperanza al corazon de un reo arrepentido.

Con una sola palabra, con un solo movimiento de su corazon, puede separar del borde del sepulcro al que, en un momento de extravío ó de alucinacion, ha manchado su conciencia con un crimen; pueden devolver la paz al corazon de un padre que llora la desdicha de su hijo, de una esposa que vé marchar al cadalso á su esposo, de un hijo que con el corazon herido de muerte y las lágrimas en los ojos, vé á su pobre padre subir las fúnebres gradas del patíbulo, más desgraciado aún porque deja un borron al hijo de sus entrañas, que porque vá á recibir el castigo de sus culpas.

¿Cómo teniendo en su mano la vida de una mujer, y de una mujer que se sacrificaba por su amor á un hombre, de una mujer que tan altas prendas demostraba; cómo, repito, teniendo Isabel en su mano los medios de absolverla habia de condenarla?

Enterada de sus antecedentes, supo que se hallaba al servicio de su dama doña Beatriz, y esta cir-

cunstancia fué un motivo más para aumentar la piedad de su corazon.

—Tranquilizad á esa infeliz,—dijo al padre agonizante;—yo la perdono, yo acojo su deseo, y seré su madrina cuando reciba el agua del bautismo.

Y aún haré más por ella.

Despues de lo que le ha pasado, no puede vivir en el mundo dichosa.

Si siente vocacion, el cláustro le abrirá sus puertas: vivirá en un convento bajo mi proteccion, y allí, elevando al cielo sus plegarias, encontrará la calma que no ha podido hallar en el mundo.

El venerable anciano besó la mano de la reina, dándole gracias por su munificencia, y corrió á participar tan funesta noticia á Rebeca.

—Sí, sí,—dijo la jóven,—ese deseo; la paz del convento, la oracion: esta es ya mi única felicidad.

El perdon de la reina fué pregonado, y las palabras del pregonero, al llegar á oídos de Isaac, que sufría horriblemente porque Colon le habia revelado la verdad, le devolvieron la esperanza.

Corrió á la prision, y al mismo tiempo experimentó una inmensa alegria y un profundo pesar.

Podia estrechar en sus brazos á su hija, podia saber que viviria, pero tambien supo que habia abjurado de su religion, y que estaba resuelta á profesar en un convento.

—Es morir para mí si no muere para el mundo,—se dijo.

No habia remedio, sin embargo.

Rebeca, protegida por la reina, entró de novicia en un convento de carmelitas, y antes de entrar escribió una larga carta á Beatriz, confiándole todo cuanto le habia pasado.

De Martin Carrasco no se supo nada por entonces.

Isaac quedó al cuidado del palacio de doña Beatriz.

Colon estaba satisfecho, porque Rebeca se habia salvado del inmenso peligro que habia corrido.

Pero al cesar su inquietud por ella, se aumentaba la suya.

Tenia que vivir lejos de Beatriz, sus asuntos no adelantaban nada, y de un momento á otro podria descubrirse la situacion en que se hallaba su esposa.

Fray Pedro le animaba, y participando cada vez más de sus ideas, le auguraba un brillante porvenir.

Trascurrió el tiempo, y al fin llegó el momento en que Beatriz debia dar vida al fruto de sus amores.

La idea de no estar á su lado en aquellos instantes, era un martirio para Colon.

No apartaba de su esposa su pensamiento.

Su zozobra era cruel.

Una mañana le sorprendió Beltran.

—Dadme los brazos,—le dijo;—sois padre de un hermoso niño.

—¿Vos sabeis?...

—Lo sé todo; confiad en mí.

—La Providencia nos ha escuchado,—exclamó Colon.—¡Bendita sea su voluntad!